

Saber para creer: cómo hacer un enlace con Dios a través de la tarea educativa

El título de esta sesión de clausura suena ambicioso y puede generar la expectativa de que se va a encontrar la receta maravillosa con la que conseguir ese click entre educación y Dios. No tengo recetas de este tipo, es más no creo que haya recetas. Así que lo que he pretendido al preparar esta sesión es hacerles pensar un poco más sobre su trabajo educativo, sobre la tarea formativa de personas que trabajen con ustedes o cerca de ustedes incluso sobre la educación no profesional que ejercitan otras personas como son los padres y madres de familia. Ante este ámbito tan amplio de reflexión planteo repasar algunos principios y condiciones a partir de las cuales, en el proceso educativo de una persona es normal, natural y hasta lógico que se le hable de Dios y que escuche activamente lo que pueda comunicársele acerca de Dios.

Como se trata en este curso de favorecer un aprendizaje significativo recordamos que hemos aprendido estos días: conocimientos acerca de Dios, es decir, qué contenidos se han de transmitir sobre Dios y conocimientos sobre la práctica de cómo hablar de Dios. Con el bagaje tan completo adquirido y concluyendo seguramente lo que cada uno tenemos que incorporar y mejorar en nuestro trabajo, en este espacio de tiempo únicamente pretendo remachar una idea de la que ya seguramente están convencidos y es que al educar bien “humanamente” se participa de la Pedagogía divina y por tanto se habla también de Dios aunque no haya una instrucción directa religiosa. Esta realidad no excluye que la tenga que haber sino que lo que subrayo es que educar bien es acercar a los jóvenes a Dios y a Dios a los jóvenes. Benedicto XVI en el discurso que pronunció en la Universidad de Ratisbona decía: “quien quiere llevar a otra persona a la fe necesita la capacidad de hablar bien y de razonar correctamente, y no recurrir a la violencia ni a las amenazas”.

No creo que sorprenda por originalidad las ideas principales que sostienen la afirmación: una educación bien hecha lleva a Dios. Sin embargo lo novedoso puede ser que cada uno consideremos la educación con toda la trascendencia que tiene, trascendencia no sólo en el sentido de algo importante sino comprendida esta noción en su sentido metafísico, esto es, trascendencia como apertura a la realidad que está más allá, la apertura a lo infinito, la apertura a Dios.

Me daría por satisfecha con esta sesión no tanto con que les gusten las ideas sino que provoque pensar sobre la educación en todos los ámbitos en lo que se produce. Pararse a pensar es ganar tiempo en la práctica educativa. Darse cuenta de las posibilidades que concede a la persona la educación, facilita que la mejoremos porque realmente se puede hacer mucho.

La meta es argumentar esta idea siguiendo unos pasos. Repasamos qué es la educación y por qué el enlace con Dios se produce de una manera natural al proceso formativo. En segundo lugar constataremos algunas características de los jóvenes y de la educación en la actualidad. Para terminar, apuntando algunos principios que sirvan para repasar cómo orientamos la educación y cómo podemos convertirla en un trampolín hacia Dios.

1. Educación puente hacia Dios

Algunos antropólogos del siglo XX, destaca: Arnold Gehlen, a partir de datos biológicos, desarrollando la disciplina que se llama Antropobiología, sostuvieron que el ser humano nace siempre prematuro, hecho que sobresale cuando se le compara con el alumbramiento de otros animales superiores. Este fenómeno conduce a la necesidad de un gran periodo de crianza, una desventaja desde el punto de vista biológico porque retrasa la posibilidad de subsistir pero que propicia la educación. La indigencia del ser humano se comprueba en que carece de los mecanismos de defensa instintivos propios de los seres vivos; no presenta desarrollados unos órganos de percepción ni de agudeza sensitiva corporal como de la que gozan los animales superiores y por tanto no posee sentidos ni órganos que le permitan la subsistencia en un medio ambiental, lo que le hace vulnerable biológicamente. Los seres humanos no se adaptan a un entorno ambiental concreto, sino que lo transforman y hacen su mundo. Para este hacer, piensan y colaboran con otros seres humanos. Esta capacidad humana para controlar y dominar su entorno es lo que constituye el fenómeno de la cultura. El hombre no vive sin más en un nicho ecológico sino que fabrica su hábitat. El inacabamiento e insuficiencias biológicas muestran cómo el modo de ser humano no es producto de un desarrollo biológico especializado sino que la madurez biológica del hombre consiste en una complejidad que se resuelve según crezca el espíritu, y en ese crecimiento entran en juego las relaciones no estrictamente físicas con el mundo. El contacto con otros seres humanos es fundamental entre otras razones porque se produce la educación.

Cómo ya sabemos la dotación biológica humana sólo es explicable y únicamente se completa por la actividad espiritual que se realiza en las operaciones de la inteligencia y de la voluntad, en el pensar, querer y hacer. El ser humano no se conduce por la dinámica de los instintos sino con libertad y por eso su mundo vital no es un nicho biológico sino el universo entero. La dotación humana le permite ser un ser abierto a toda la realidad. Lo es tendencialmente y no lo es determinativamente, por esta razón tiene que aprender a solucionar esa inclinación y apertura a la realidad, puede conocer y querer toda la realidad pero no al mismo tiempo, también puede quedarse encerrado en parte de la realidad. Retomaré este punto para hablar de la educación que necesitamos en la actualidad. Por el momento constatamos la inviabilidad del ser humano sin educación.

"El ser humano es un ser vivo a quien hay que ayudar a crecer porque en otro caso su crecimiento será mucho menor del que sería susceptible si no se le ofrece esa ayuda" (Polo, p. 42)[1].

La debilidad y vulnerabilidad con la que nacemos posibilitan la dependencia de otras personas durante un largo periodo de tiempo para cubrir las imprescindibles etapas del crecimiento corporal a la par que se produce la libre adquisición de la cultura. La dependencia de los otros no es negativa, es lo mejor que nos ha podido pasar como especie para crecer como personas. Este es otro de los avisos antropológicos a la educación y sobre los que retornaré avanzada esta exposición. La persona es consciente a edad temprana que es hijo y que depende para vivir de otros que también son hijos, y esta impresión le ofrece una valiosa vía para descubrir su identidad existencial.

El crecimiento humano desvela una finalidad implícita. Crecemos no únicamente para sobrevivir, para que subsista la especie, sino para vivir bien. La persona educada ha aprendido a vivir bien, alcanza sabiduría, esto es, un conocimiento profundo de la realidad y de su realidad, en lo que es y en lo que puede ser, y según esto y con este conocimiento piensa, quiere, hace con otros. El conocimiento profundo de la realidad no es poseer muchos datos de la misma sino saber el por qué, el para qué, además del cómo de la realidad. La educación responde a la necesidad del ser humano de aprender a vivir como humano, libre, aplicando la

inteligencia y la voluntad para lo que debe conocerse y conocer la realidad. La educación es transmisión y asimilación de la sabiduría tanto teórica como práctica. También tornaremos sobre este punto.

"Saber vivir es un conocimiento práctico que procede de su propio ejercicio y, a su vez, en él revierte" (Llano, p. 19)[2]. Este aprendizaje es el más interesante y el que más le interesa a cada persona que a tempranísima edad es consciente de que quiere ser feliz. La sabiduría teórica facilita la sabiduría práctica, la aplicación de la ética realista, la concreción de la "gramática de la libertad, el despliegue coherente de la propia vida". Las personas requieren y se hacen un razonamiento similar al que sigue: "ir descubriendo cuales son las articulaciones básicas que me permiten construir mi vida sobre bases sólidas, de manera que -así lo espero- las perplejidades se vayan disolviendo, en la medida que la condición humana lo permite" (Ibídem, p. 24). De esto se hacen conscientes las personas en su juventud, en la etapa en que plantean decidirse que van a hacer en la vida, quienes son, cómo quieren ser.

Resumiendo, desde la perspectiva antropológica, en la educación hay que tener en cuenta:

- la apertura a la realidad, que operativamente se plasma en buscar la verdad y abrazar el bien; pista importante para la dimensión educativa intelectual.
- la dependencia de las otras personas y la interdependencia, señal para considerar la relevancia de la educación social y bajar del peldaño de los objetivos educativos a la autonomía.
- la necesidad de ser feliz, de poder querer y hacer lo posible para lograr los bienes que nos hacen felices, signo del valor central de la educación moral y afectiva.

Cultivar estos aspectos de la educación conduce a Dios. El problema es que se están olvidando en la educación actual.

2. Los jóvenes y la educación en la actualidad

Ninguna persona puede alcanzar toda la sabiduría de la que es capaz, de este modo deducimos que la educación no termina nunca. No obstante podemos hablar de etapas de la educación, momentos estelares en los que se debería haber aprendido ya algo y en los que este aprendizaje se da por terminado por lo menos en lo que concierne a unas condiciones básicas. Una de esas etapas es la juventud. Se espera que los jóvenes hayan alcanzado tal madurez que puedan dirigir la propia vida asumiendo la responsabilidad correspondiente. Esa es la experiencia central de la juventud incoada en la adolescencia, de ahí que los jóvenes se caractericen por un típico hacer las cosas a su manera con mayor o menor acierto. Tienen que experimentar un cierto prescindir en parte o totalmente de las personas que le decían qué y cómo vivir y se replantean sus relaciones también la relación con Dios. En ese periodo de la biografía reina la paradoja mezclándose el afán de independencia y la necesidad de puntos de referencia básicos. Se trata de un momento crucial para hablar de Dios y hablar con Dios pero difícil porque la crisis de la juventud, el gran cambio de esta etapa lo tambalea todo.

Algunas facetas del estilo de vida que predomina en la actualidad repercuten negativamente en esa vía de acceso a Dios de los jóvenes. En realidad dificultan la relación del ser humano con Dios sea cual sea su edad pero en la juventud estos escollos se alzan de un modo específico. Ya sé que saben a qué me refiero pero

vamos a repasarlo en voz alta. El Papa Benedicto XVI en Sidney recordaba que en nuestra cultura adoramos a nuevos dioses que impiden la relación amorosa con Dios. Se refería el Romano Pontífice al amor posesivo, al poder y a los bienes materiales. Adoramos el bienestar, tener a las otras personas a nuestros pies, la vida cómoda ajustada a nuestros deseos. De forma más académica catalogamos a esta versión cultural imperante de materialista, individualista y relativista. La felicidad es considerada como el bienestar que produce disfrutar de bienes materiales y el sentirse querido, emocionado, activo; alcanzar este estado es obtener el éxito en la vida. Si bien desde la perspectiva antropológica se subraya que lo propio de la vida humana se centra en la actividad de pensar, querer y hacer siendo el pensar el que ordena el querer, la actividad central de la felicidad que a su vez se expresa en el hacer; sin embargo en la actualidad pensar y querer se subordinan al hacer. Lo importante es producir para poseer bienes materiales y con ellos obtener poder para tener más bienes materiales. Se concibe el amor como la posesión de una propiedad más. Se eleva como valor lo útil para lograr estos bienes. Ser feliz es estar a gusto, satisfecho en esa posesión. La afectividad fluctúa según la satisfacción sentida.

Esta dirección en la vida produce un aprendizaje experiencial concreto. Se piensa en un plano de la realidad: el físico y respondiendo a una pregunta: cómo es su proceso, sus cambios para dominarlos. Se siente experimentado emociones efímeras, superficiales, pasajeras, cuya vivencia repetitiva satura y deja un rastro de insatisfacción que parece sólo aliviarse con la sensación más enérgica o la novedad. Este disfrute absorbe toda la energía humana, encierra al ser humano en sí mismo pendiente de lo que tiene con miedo de poderlo perder, con impresión de autosuficiencia con la que ya posee.

Este estilo de vida afecta a los jóvenes de un modo particular:

"La juventud siempre ha sido una etapa de rebeldía ante las convenciones de los adultos. Pero la generación actual ha producido un efecto único en la historia: ha matado el arte de pensar y la capacidad de responder de la juventud (...) Les encanta el éxito rápido, el placer inmediato, los focos de los medios de comunicación, aunque vivan en el anonimato. El exceso de estímulos ha generado una emoción fluctuante, sin capacidad contemplativa. Incluso sus modelos de vida tienen éxito explosivo. Quieren ser personajes, como artistas o deportistas que, de la noche a la mañana, conquistan fama y aplausos" (Cury, p. 44)[3].

La tecnología nos permite superar los límites del espacio y del tiempo y crear con rapidez mundos alternativos en los que se vive virtualmente. Se viven experiencias vicarias y las fronteras entre la realidad y la ficción, una realidad reconstruida, se desdibujan. Los jóvenes se informan de la realidad representada en montajes ficticios y pretenden reproducirla en su vida. Saben de la felicidad, de las relaciones humanas, del amor según como se haya representado en los medios de comunicación que a su vez no reflejan las realidades como son sino del modo que les permitan captar adictos al entretenimiento y a la información. Son una generación de personas fuertes para recopilar datos y usar los medios técnicos que les permiten acceder a mucha información, son fuertes para reivindicar su libertad de elección, su afán de identidad y de elaborar su proyecto, son fuertes para lograr el éxito en cualquier faceta de la actividad humana que esté a su alcance. Pero son débiles para conocer en profundidad la realidad y a sí mismos y se desconciertan con las fluctuaciones de su afectividad, se desaniman fácilmente ante las dificultades, son vulnerables hasta límites patológicos para soportar el sufrimiento, para mantenerse firmes en la opción elegida e incapaces de disfrutar de algunas de las facetas principales y ordinarias de la vida. Cada persona es diferente, cada joven es distinto pero sí que podemos hallar unas características muy generalizadas. Los jóvenes se rompen, no han cultivado el equilibrio necesario para

su edad entre pensar, querer, sentir y hacer. Se polarizan excesivamente en una parcela de la realidad para la que tienen a su disposición más recursos. Se exigen mucho en lograr bienes que no merecen tanto esfuerzo y sin embargo no lo prestan para lo que realmente les conviene. Por ejemplo, es suficiente con observar la inflación de la estética en su dimensión más superficial: la importancia de estar guapos, sanos, ser simpáticos, dominar las actividades del entretenimiento.

Están muy inseguros porque se asientan en las arenas más movedizas de la realidad y con una tensión fuerte a fracasar en facetas que muchas veces no son tan importantes en la vida de las personas. En resumen falta una ubicación real en la realidad. El estilo de vida conduce a un pensar sobre como transformar lo material, un querer producir y sentirse bien emocional y físicamente. Se pretende deslumbrar.

¿Y la educación? ¿Cómo influye en estos jóvenes?

“Nuestra generación quiso dar lo mejor a niños y jóvenes. Tuvimos grandes sueños para ellos. Buscamos ofrecerles los mejores juguetes, ropa, paseos y escuelas. No queríamos que anduvieran bajo la lluvia, que se lastimaran en la calle, que se hieran con juguetes caseros ni que vivieran las dificultades por las que habíamos pasado nosotros. Colocamos un televisor en el salón. Algunos padres con más recursos pusieron un televisor y un ordenador en la habitación de cada hijo. Otros colmaron a sus hijos de actividades, matriculándolos en cursos de inglés, informática, música...

Todas eran excelentes intenciones, sólo que algunos no sabían que los niños necesitan tener infancia, que han de inventar, correr riesgos, frustrarse, tener tiempo para jugar y maravillarse con la vida. No imaginaban hasta qué punto la creatividad, la felicidad, la osadía y la seguridad del adulto dependen de la memoria y de la energía emocional del niño. No comprendieron que la televisión, los juguetes fabricados, Internet y el exceso de actividades obstaculizan la infancia de los hijos...” (Cury, pp. 13-14).

La educación se está centrando en que las personas sepan hacer, que sepan hacer lo que da dinero, fama y diversión. Se subraya la adquisición de competencias instrumentales, los idiomas y las nuevas tecnologías y se ensalza el conocimiento de las ciencias experimentales para preparar a las personas para que sean útiles en la vida. Si un alumno es brillante que se decante por las ciencias. Se desarrolla el pensar para hacer que sobre todo lo que requiere es una especie de manual de instrucciones sobre el funcionamiento de la realidad. El acento educativo se produce en preparar a las personas para trabajar, para desenvolverse correctamente en la sociedad y de esta manera conseguir lo máximo en el trabajo y unos mínimos en la convivencia social. Se trata de formar a los futuros ciudadanos: trabajadores, autónomos y respetuosos de la democracia, tolerantes con cualquier valor de la vida privada porque toda persona tiene derecho a disfrutar de la vida como elija. Se procura que sean activos, muy activos: de pensamiento para innovar en la producción (también la cultural) de sentimiento para disfrutar (y consumir todo lo que novedosamente han producido) de voluntad para elegir (sin que ningún obstáculo impida al individuo seguir su libre arbitrio).

3. La educación integral de lo humano conduce a Dios.

Estos modos de educación son trabajados en los centros educativos pero también en las familias y favorecen el estilo de vida social generado por diferentes agentes. En este espacio el aprendizaje de Dios se escabulle, no se llega a lo que la realidad divina supone porque desde el plano más superficial de la vida humana no se atisba

a Dios que aparece siempre como algo extraño y no connatural con el hombre. Dios se aprecia cuando pensamos en la realidad de un modo más profundo, cuando la contemplamos. Con palabras de Benedicto XVI: "hace falta valentía para comprometer toda la amplitud de la razón y no para la negación de su grandeza" Se precisa recuperar el sentido de la realidad para conocer sus límites y posibilidades; se requiere destacar en el conocimiento de la realidad, el saber acerca del hombre especialmente logrado en las relaciones interpersonales y en el amor que no se demuestra sino que se muestra; se necesita adquirir el arte de la libertad y con él el de la felicidad que no se inspira en el conocimiento científico de las reglas que aportan la Biología, la Psicología y la Sociología. Para ello apremia el trabajar una educación integral que cultive todas las facetas humanas en el orden que exige la persona.

La primera clave para mejorar la situación educativa radica en la persona del educador. Recojo algunas sugerencias de cómo son los buenos profesores universitarios pero creo que se puede hacer extensible a los profesores de adolescentes. Las reflexiones son fruto de una investigación llevada a cabo por Ken Bain[4].

"Pero ya sea con muchas publicaciones o no, los profesores extraordinarios están al día de los desarrollos intelectuales, científicos y artístico de importancia en sus campos, razonan de forma valiosa y original en sus asignaturas, estudian con cuidado y en abundancia lo que otras personas hacen en sus disciplinas, leen a menudo muchas cosas de otros campos (en ocasiones muy distintos del suyo propio) y ponen mucho interés en los asuntos generales de sus disciplinas: las historias, controversias y discusiones epistemológicas. En resumen, pueden conseguir intelectual, física o emocionalmente lo que ellos esperan de sus estudiantes" (p.27)

"Los mejores profesores asumen que el aprendizaje tiene poco sentido si no es capaz de producir una influencia duradera e importante en la manera en la que la gente piensa, actúa y siente" (p. 28)

"Encontraron afinidades con sus estudiantes en su propia ignorancia y curiosidad, en su amor por la vida y la belleza, en su mezcla de respeto y temor, y en esa mezcla descubrían más similitudes que diferencias entre ellos mismos y las personas que poblaban sus aulas. Un sentimiento de respeto por el mundo y por la condición humana era lo que se levantaba justo en el centro de sus relaciones con los estudiantes" (p. 161).

Ya estamos muy cansados voy a leer un cuento cuya conclusión es que hay que prestigiar la educación (Cfr. Cury, pp. 211-221).

Las lecciones de este cuento son:

1. Todos los profesores explican, de acuerdo con los padres que no se es mejor por ser más importante. La tarea educativa no se realiza para estar en la cúspide de las profesiones y sin embargo es vital para las personas y la sociedad. También a través de ella se puede alcanzar a Dios. Los educadores con su dedicación explican un asunto trascendental: no es lo mismo felicidad que fama y éxito.
2. El profesor que se dirige a los psiquiatras lanza un mensaje: la importancia de la educación afectiva unida a la educación moral. Hay que brindar modelos y ejemplos más reales y desarticular las fuerzas de la ficción que

confunden la emocionabilidad virtual con la real. El recurso a la narrativa, el gran reflejo de la creatividad humana, ha ayudado siempre para ilustrar acerca de la libertad. Aprender a ser libre, a quererse se facilita mediante la presentación de narraciones literarias, fílmicas, personales en diálogos de tu a tú. Plantear las historias de las personas que por amor a Dios y con su ayuda trabajan para mejorar la humanidad. Es preciso suscitar conversaciones de explicación personalizada de la libertad, sin dar lecciones prediseñadas, sin imponer nuestras experiencias, evitando el trato de superior a inferior, en todo caso facilitar el coloquio de persona con más experiencia que puede ilustrar pero no sustituir la experiencia que cada joven ha de pasar. Hacer preguntas, no dar las respuestas sin que las personas jóvenes se esfuercen por hallarlas. Dar tiempo. Esperar, enseñar la paciencia, enseñar a parar y pensar.

3. El profesor que se dirige a los juristas insiste en la necesidad de hacer pensar, de una educación intelectual que fomente el desarrollo de la sabiduría humana. No contentarse con las ciencias que describen la realidad sino con las que se interrogan por el por qué de esa realidad. Prestigiar las humanidades pero no sólo por su brillo estético sino en cuanto que la expresión bella refleja la espiritualidad humana y con ella a Dios. No sólo hacer concursos sino entusiasmar con el diálogo, con la comunicación de sentimientos y pensamientos, con las explicaciones de la realidad. Acercar las obras clásicas a la época actual, traducirlas a nuestros tiempos. Entre ellas encontramos verdaderas joyas que reflejan la búsqueda de lo humano y de Dios. Es importante recuperar el arte de la lectura, y fomentar estrategias de percepción para facilitar la atención de modo que sea la persona la que dirige su actividad de conocimiento y no sean los estímulos externos los que lleven el ritmo. Retar a saber prescindir de tiempo invertido en la televisión, el ordenador, el mp3 y el móvil. Provocar ejercicios de reconocimiento de la realidad sin interferencias instrumentales: voces, sonidos, imágenes en directo, escuchar a las personas en vivo y directo. El Papa en Sidney decía: "¿Sois capaces de oír, a través de las disonancias y las divisiones del mundo, la voz acorde de la humanidad? Desde el niño abandonado en un campo de Darfur a un padre angustiado en un barrio periférico cualquiera, o tal vez ahora, desde lo profundo de vuestro corazón se alza el mismo grito humano que anhela reconocimiento, pertenencia , unidad".

Es curiosa la denuncia a los profesores: "isoñadores, vivís fuera de la realidad! Y todavía más deslumbradora la respuesta de uno de los profesores: ¡si dejamos de soñar moriremos!. Nuestras metas educativas han de ser elevadas: educar en la realidad, en lo bueno, en la posibilidad de mejorar; esta orientación conlleva suscitar la esperanza que abre hasta Dios. El contenido de una educación que lleve a Dios se resume en una palabra: hacer alcanzar la realidad en su profundidad. Queda ver los modos de presentarla. El interés de los jóvenes por esa REALIDAD se puede despertar si:

1. El educador muestra un dominio de las ciencia que le corresponde enseñar y es una persona sabia.
2. El educador muestra con coherencia unas convicciones firmes que no aplastan ni ahogan sino que encienden la iniciativa de los jóvenes alumnos.
3. El educador trasmite serenidad, alegría, esperanza, optimismo, confianza y en la medida de los posible buen humor.
4. 4. El educador además de conocer la REALIDAD, esta en la realidad de los jóvenes –gustos, aficiones, pensamientos, sentimientos, ideas– para saber comenzar, mantener y mejorar la comunicación con ellos.

Muchas gracias por su atención

Pamplona, 29 de agosto de 2008.
Aurora Bernal Martínez de Soria

Departamento de Educación. Universidad de Navarra

[1] Leonardo Polo, Ayudar a crecer. Cuestiones filosóficas de la educación, EUNSA, Pamplona 2006.

[2] Alejandro Llano, La vida lograda, Ariel, Barcelona, 2002.

[3] A. Cury, Padres brillantes, maestros fascinantes, Plantea, Barcelona, 2007.

[4] Ken Bain, Lo que hacen los mejores profesores de universidad, Universitat de Valencia, Valencia, 2006.